

# EL CRISOL DE LA LEALTAD

COMEDIA EN TRES JORNADAS

AL ILUSTRÍSIMO SR. D. JUAN NICASIO GALLEGO: en testimonio de antigua,  
constante y respetuosa amistad,

ÁNGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

## PERSONAS

LA REINA DE ARAGON, *dama*.  
DOÑA ISABEL TORRELLAS, *dama*.  
DON PEDRO LOPEZ DE AZAGRA, *galan*.  
DON LOPE DE AZAGRA, *barba*.  
MAURICIO, *monje benito*.  
EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA, *viejo*.  
FORTUN TORRELLAS, *viejo*.  
JOFRE DE ALVÉRO, *galan*.  
ALVARO GARCÉS, *galan*.  
BERRIO, *gracioso*.  
SANCHI, *graciosa*.  
ANTON, *ventero*.  
RITA, *ventera*.

## COMPARSAS

RICOS HOMBRES é INFANZONES.  
CLÉRIGOS del séquito del arzobispo.  
TRES CABALLEROS del séquito de Torrellas.  
CUATRO IDEM del séquito de don Lope de Azagra.  
DAMAS. . . }  
PAJES. . . } de la reina.  
GUARDIAS. . }  
CUATRO VILLANOS del séquito de don Lope de Azagra.

La accion pasa en Zaragoza y sus cercanías el año de 1163

## JORNADA PRIMERA

### ESCENA PRIMERA

El teatro representa la espaciosa cocina de una venta en las cercanías de Zaragoza. Aparecen ANTON atizando el hogar y RITA mirando á la puerta con inquietud.

RITA. Mal fuego de Dios, amén,  
sobre esa gente maldita  
caiga, y pronto.  
ANTON. Calla, Rita.  
Prudencia y cachaza ten.  
RITA. ¿Cachaza y prudencia, Anton,  
cuando al punto en que llegaron  
ayer tarde, nos robaron  
dos ovejas y un lechon?  
Y gracias que en el pajar  
estaban ya las gallinas.  
Dime, en fin, qué determinas,  
pues voy la puerta á atrancar.  
ANTON. (Acercándose.)  
¿Sancha y Berrio no han salido

á recoger el ganado...?  
pues cuando esté á buen recado  
tomaremos un partido.  
RITA. El de la venta cerrar  
y defender nuestra hacienda.  
ANTON. (Receloso.)  
El diablo que la defienda,  
que en ello se puede errar.  
RITA. (Con viveza.)  
Defenderse de ladrones  
es justo.  
ANTON. ¿Y estos lo son...?  
RITA. Las ovejas y el lechon  
lo dirán.  
ANTON. No más razones.  
Calla la boca, mujer.  
Esas gentes por momentos  
armas reciben y aumentos:  
sabe Dios lo que va á haber.

Ya has visto que no encontraron  
en el vecino castillo  
resistencia, y el rastrillo  
al punto les franquearon.  
RITA. Porque de Nuño Atarés,  
hijo de aquel infanzon,  
á quien no quiso Aragon  
por su soberano, es.  
Y siempre anda desabrido,  
y de la reina se queja.  
ANTON. Pues á los señores deja  
tomar tal ó cual partido.  
Y traten los cortesanos  
de estas cosas, que nosotros,  
manden unos, manden otros,  
no salimos de villanos.  
BERRIO. (Dentro y dando grandes voces.)  
Arre... ¡jól!...—¡Maldita burra!  
Sancha, abre bien...—Arre... ¡jól!  
SANCH. (Dentro.)  
Ya todo el ganado entró.  
ANTON. (Desde la puerta.)  
Que el morueco no se escurra.

Salen SANCHI y BERRIO con hondas en la  
mano y muy cansados.

BERRIO. Ya está todo en el corral,  
hasta el morueco marrajo;  
no ha sido poco trabajo.  
¿Qué arisco es el animal!  
RITA. ¿Y los cerdos? ¿y el pollino?  
BERRIO. De los cerdos... faltan dos.  
RITA. Maldito seas de Dios.  
¿Dónde...?  
BERRIO. ¡Toma...! El peregrino  
lo sabe.  
RITA. ¡Gran ladrón!  
BERRIO. (Poniéndose el dedo en los labios y acercándose á Rita.)

¡Chii!!!  
que á venir al punto va,  
y tiene un gesto, que ya!  
RITA. ¡Jesus! ¿Va á encajarse aquí?  
BERRIO. El lo dice.  
ANTON. ¿Pues le has visto...?  
BERRIO. Sancha...  
SANCH. (Interrumpiéndole.)  
Mentira.  
BERRIO. Sí, tú:  
¡curiosa de Belcebú!  
ANTON. (Impaciente.)  
Explicate, voto á Cristo.  
BERRIO. Sancha la burra montó  
para carrear el ganado,  
y á carrera por el prado...  
SANCH. La burra se me escapó.

BERRIO. Ya se ve que escapó. Como  
siempre que le arrima  
la persona que va encima  
un agujonazo al lomo.  
SANCH. Fué porque...  
BERRIO. Entre los enebros  
vió soldados la pollina,  
y siempre se desatina  
por ir donde oiga requiebros.  
SANCH. ¡Malicioso!  
BERRIO. A la cañada  
corrió en fin, y yo tras de ella,  
pues no debe una doncella  
correr sola despeñada.  
Y á ese hombre, con otros seis,  
nos hallamos.  
RITA. ¡Ay, qué miedo!  
¡Jesus!  
BERRIO. Afirmaros puedo  
que de milagro me veis.  
Se me heló todito el cuajo.  
SANCH. Y á mí tambien.  
BERRIO. Quia. ¡Sanchica!  
Si al fin logró la borrica  
escuchar un requebrajo.  
Yo sí, que caí de rodillas  
de pié á cabeza temblando,  
cual si estuvieran bailando  
en mi cuerpo las costillas.  
Y la maldita vision:  
¿quién son (dijo) los villanos?  
y yo, cruzadas las manos,  
le respondí: hija de Anton  
es esta mala doncella.  
Hija de Anton el ventero,  
y yo su novio, que quiero  
casarme, señor, con ella.  
Y el duende repuso: «Bien.  
Pues que en su venta me espere,  
si es que fiel mostrarse quiere,  
al tal Anton le preven.  
Y porque no tenga quejas  
de mí, dale este dinero,  
que con él pagarle quiero  
tres cerdos y dos ovejas.»  
Y esta me dió.  
(Saca una bolsa con dinero.)  
RITA. (Tomándola y examinándola.)  
¡Virgen pura!  
Tres veces hay su valor.  
ANTON. Pues si es tan buen pagador,  
venga con buena ventura.  
BERRIO. Y á Sancha tambien...  
SANCH. Tambien  
me dijo: Hermosa doncella...  
BERRIO. No hubo hermosa, miente ella.



Doncella solo, y va bien.  
 SANCH. Sí señor.  
 BERRIO. No, que es tramoya.  
 SANCH. (*Sacando del pecho una cruz de oro.*)  
 Y díome esta cruz, mirad.  
 RITA. (*Pasmada.*)  
 A ver... ¡de oro...! Una ciudad  
 vale. ¡Ay Dios, qué rica joya!  
 Marido.  
 ANTON. Rita, ¿lo ves?  
 prudencia y cachaza, sí;  
 que el tal me parece á mí,  
 que lo que se suena es.  
 BERRIO. También nos dijo ese coco.  
 RITA. Ese señor. Más despacio.  
 BERRIO. *Esa venta en un palacio*  
*se tornará de aquí á poco.*  
 Lo que me hace sospechar  
 que es algun brujo, hechicero,  
 que es carbon ese dinero,  
 que la venta va á volar.  
 Y... si es así... ¡guarda, Pablo!  
 RITA. ¿No ves que una cruz nos dió?  
 BERRIO. Siempre diz que se escondió  
 detrás de la cruz el diablo.  
 RITA. (*Sorprendida.*)  
 ¿No oyes caballos, Anton...?  
 ¡Ay...! ¿si será...? Yo estoy muerta.  
 ANTON. Déjate, desde la puerta  
 observaré quiénes son.  
 (*Se acerca al bastidor.*)  
 ¡Ay Rita...! ¿Sabes quién es?  
 Torrellas nuestro señor,  
 con otros cuatro al reedor,  
 y con Alvaro Garcés.  
 RITA. (*Cuidadosa.*)  
 ¡Ay cielos...! Que está esa gente  
 tan cerquita no sabrán,  
 y acaso los prenderán...  
 ANTON. (*Con malicia.*)  
 Mujer, no seas inocente.  
 Corro á tener el estribo  
 á Torrellas mi señor.  
 No te asustes, ten valor;  
 que no hay de miedo motivo. (*Vase.*)  
  
*Salen embozados FORTUN TORRELLAS, JO-*  
*FRE DE ALVÉRO, ÁLVARO GARCÉS y tres*  
*CABALLEROS.*  
  
 TORREL. ¡Oh buen Anton! ya veo  
 que fiel me conociste  
 desde el mismo momento en que me viste,  
 y que servirme es siempre tu deseo.  
 ¿Y Rita y Sancha, buenas?  
 ANTON. De gozo al veros, como deben, llenas.

BERRIO. (*Adelantándose.*)  
 Los cerdos, las ovejas y pollinos...  
 ANTON. (*Deteniéndolo.*)  
 Calla, animal, no digas desatinos.  
 TORREL. Muy guapa está Sanchica.  
 BERRIO. (*Adelantándose otra vez.*)  
 Se escapó esta mañana en la borrica...  
 RITA. Vete, bruto, de aquí.  
 TORREL. ¿Quién es...?  
 BERRIO. Nostramo,  
 Berrío el zurdo me llamo,  
 y soy mozo porquero,  
 y seré, si Dios quiere, para enero  
 el marido de Sancha,  
 de lo que está, señor, ella tan ancha,  
 y tanto, que quisiera  
 que el matrimonio este verano fuera.  
 Mas yo estoy hoy mohino  
 y ronco y fatigado,  
 porque ella y el morueco  
 han hecho cosas que me tienen seco.  
 TORREL. (*Llamando á Anton aparte.*)  
 Decidme, Anton honrado,  
 ¿habeis visto el anciano peregrino,  
 que en el fuerte vecino  
 de Atarés, mi pariente,  
 se ha alojado esta noche con su gente?  
 ANTON. (*Con aire reservado.*)  
 Sancha y el mozo diz que lo encontraron  
 esta mañana, y que con él hablaron.  
 TORREL. ¿Y con qué compañía  
 te han dicho, Anton?  
 ANTON. (*Llamando á su hija.*)  
 Escúchame, hija mia.  
 (*Habla con ella aparte y en secreto, y lue-*  
*go dice:*)  
 Con cinco hombres no más.  
 TORREL. Ponte á la puerta,  
 y para ver si vienen está alerta.  
 ANTON. Venid todos conmigo.  
 (*Vanse Anton, Rita, Sancha y Berrío.*)  
 TORREL. El tal romero  
 cual es se porta á ley de caballero.  
 Seis á seis la entrevista  
 tendrá lugar.  
 GARCÉS. El cielo nos asista  
 para ver la verdad distintamente,  
 y poder resolver lo conveniente.  
 TORREL. ¡Ojalá, amigos, que quien dice sea!  
 Yo le conoceré cuanto lo vea,  
 pues aun no se borró de mi memoria  
 aquel aspecto de grandeza y gloria.  
 ALVER. Tampoco yo olvidado  
 tengo su altivo porte y su semblante.  
 Que, aunque muy jóven, combatí á su lado,  
 y le ví lanza en ristre y arrogante

entrar en hora aciaga  
 en medio de los moros allá en Fraga,  
 en donde lo perdimos,  
 y de su arrojo audaz víctimas fuimos.  
 GARCÉS. ¡Ojalá sea! Y Aragon recobre  
 su perdido poder, y extienda sobre  
 Castilla su dominio,  
 tornando á ser de infieles exterminio.  
  
*Salen corriendo y asustadas, queriendo*  
*refugiarse detrás de Torrellas, RITA y*  
*SANCHA, y con ellas BERRIO.*  
  
 RITA. ¡Virgen santa bendita!  
 SANCH. Amparadnos, señor...  
 TORREL. ¿Qué es esto, Rita?  
 BERRIO. Que ya viene...  
 SANCH. ¡Qué miedo!  
 RITA. Estoy sin tino,  
  
*Sale ANTON.*  
  
 ANTON. (*A Torrellas.*)  
 Aquí llega, señor, el peregrino.  
 TORREL. A su encuentro salgamos.  
 (*Al acercarse á la puerta queda asombra-*  
*do, y retrocede poco á poco respetuoso y*  
*confundido.*)  
 Mas ¿qué veo?  
 ¿Es ilusion falaz de mi deseo?  
 ¡Gran Dios!... él es... No hay duda.  
 ALVER. (*Mirando asombrado á la puerta.*)  
 Sí... mas del tiempo la carrera muda  
 ha alterado su rostro.  
 TORREL. ¡Santo cielo!  
 GARCÉS. Me ha convertido la sorpresa en hielo.  
  
*Salen D. LOPE DE AZAGRA, con un ropón y*  
*esclavina de peregrino: MAURICIO con*  
*hábito de monje: cuatro CABALLEROS*  
*vestidos de cazadores, dejando ver ar-*  
*mas de guerra bajo los sayos, y cuatro*  
*VILLANOS.—Don Lope se despoja con no-*  
*bleza del traje de peregrino, y queda*  
*armado, con sobreveste roja, y el collar*  
*de la orden del Santo Sepulcro, y se di-*  
*rige sin vacilar con los brazos abiertos*  
*á Torrellas.*  
  
 D. LOPE. Noble Fortun Torrellas,  
 cuya fama se encumbra á las estrellas,  
 y en quien miro y contemplo  
 de honor y de lealtad tan vivo ejemplo:  
 ven, y en estrechos lazos,  
 pues que en mi apoyo tu favor consigo,  
 te ciñan hoy los brazos,  
 no de tu rey, de tu constante amigo.  
 TORREL. (*Hincando las rodillas y enajenado de gozo*  
*y de respeto.*)  
 TOMO II

No es posible que dude  
 honra y dicha tan alta, pues acude  
 tanto recuerdo grato  
 á mi pecho, do vive tu retrato,  
 que por mi rey amado te pregonó,  
 y de ayudarte á recobrar el trono  
 te hago pleito homenaje;  
 no en tus brazos, señor, do me levantas,  
 sino á tus régias plantas,  
 rindiéndote el debido vasallaje.  
 D. LOPE. (*Levantándolo.*)  
 Alza, y ven á mi pecho.  
 Y porque más seguro y satisfecho,  
 libre de toda duda,  
 tu noble esfuerzo á mi servicio acuda;  
 y porque la verdad hoy testifiques,  
 y en Aragon publiques  
 que Alonso, emperador de las Españas,  
 aquél á quien valieron sus hazañas  
 tan glorioso renombre,  
 que de batallador mereció el nombre,  
 soy yo; y porque asegures la falsía  
 con que se publicó que muerto había  
 en la accion aciaga,  
 castigo del Señor, cerca de Fraga;  
 claras, nuevas señales  
 quiero mostrarte á tí y á estos leales.  
 (*Separa la veste y enseña una cicatriz.*)  
 ¿Recuerdas esta herida  
 que al bravo Albucalem costó la vida,  
 cuando aquí, en Zaragoza, holló triunfante  
 mi régia planta el bárbaro turbante?  
 (*Torrellas da muestras de reconocerla.*)  
 Sí, tú fuiste el primero  
 que viendo en tierra mi tajante acero  
 en aquella jornada,  
 me alargaste tu espada.  
 Y vive Dios, Torrellas, que venía,  
 pues fuistes un portento en aquel día,  
 toda de sangre bárbara bañada.  
 (*Mostrando un eslabon roto del collar.*)  
 ¿Ves este collar roto,  
 de la orden sacra del Sepulcro Santo,  
 que en Pamplona fundé cumpliendo un  
 y que de los infieles fué el espanto? (voto,  
 Recuerda que en mi pecho,  
 estando tú de mí muy corto trecho,  
 lo rompió la violencia  
 de una lanza, en el cerco de Valencia.  
 (*En reserva á Torrellas.*)  
 ¿Y olvidaste acaso, fiel amigo,  
 el aviso secreto,  
 importante á mi honor y á mi respeto,  
 que me diste sagaz, con que el castigo  
 de Pero Anzures suspendí prudente,  
 para ganar la castellana gente?



(Torrellas da muestra de recordarlo átonito.)

Y este anillo real, ¿no lo conoces?

(Enseña una sortija.)

TORREL. (Besándole la mano.)

Basta, señor: el cielo santo á voces que sois mi rey me dice y á quien lo dude con furor maldice. Alvaro de Garcés, Jofre de Alvéro, aragoneses todos: yo aseguro, y lo defenderé con este acero, que don Alonso emperador es este, que la bondad celeste devuelve á nuestro amor.

(Hincando una rodilla, y extendiendo la mano derecha.)

Y yo le juro obediencia y lealtad.

ALVÉRO, GARCÉS, los tres CABALLEROS, BERRIO, ANTON y los cuatro VILLANOS (hincando la rodilla y extendiendo la mano.)

Y lo juramos todos también.

MAUR. (Poniéndose en medio con dignidad.)

En nombre de Dios vivo, como su sacerdote, yo recibo el santo juramento, y os exhorto á su pronto cumplimiento.

D. LOPE. Alzad, vasallos fieles, (Levántanse todos.) que ya de nuevos triunfos y laureles juzgo mi frente orlada, y de Aragon la gloria asegurada. (Acercándose afectuosamente á Jofre de Alvéro.)

Llega, gallardo Alvéro. ¡Qué espigado y gentil! Aunque muchacho, no diste á los infieles mal despacho, en aquel lance de contrario agüero. Pienso que fué tu estreno en aquel día: ibas por cierto en una jaca pia.

(Alvéro le besa la mano.)—(Acercándose á Garcés.)

¿Y tú, Garcés?... ¡Cuán bravo caballero era tu padre! la primera lanza de Aragon... ¿dónde está?

GARCÉS. Señor, es muerto en San Pedro de Arlanza, donde se retiró juzgando cierto vuestro fin desastrado.

D. LOPE. De lealtad y valor era un dechado.

(Le besa Garcés la mano.)

No perdamos, Torrellas, ni un momento. A Zaragoza parte, dando mi nombre al viento, y alzando de lealtad el estandarte.

Y dile á mi sobrina que tema de la cólera divina y de mi noble esfuerzo la venganza, si al punto sin tardanza su rey no reconoce en mí, y su tío, el trono devolviéndome, que es mío.

TORREL. Señor, á obedeceros, con estos valerosos caballeros, patentizando al mundo que vive vuestro esfuerzo sin segundo, iré. Y el pueblo fiel de Zaragoza, que escasas dichas y venturas goza desde el momento que os perdió, la nueva que hoy de nuestra lealtad la voz le lleva oirá con entusiasmo y alegría, y os abrirá sus puertas este día. Mas para combatir cumplidamente las dudas y razones, que opuestos intereses y opiniones puedan acaso, entre la ruda gente, esparcir (porque dan tan largos años lugar á recelar dolos y engaños), dignaos de darme relacion cumplida de cómo fué vuestra preciosa vida en la ocasion salvada; y de dónde, eclipsada, tan largo tiempo estuvo, y escondida y oculta se mantuvo la majestad augusta que adoramos, y que hoy, gracias al cielo, recobramos.

D. LOPE. Fortun Torrellas, tu prudencia es mucha.

Sí, todo lo sabrás: atento escucha. Viendo en los campos de Fraga, donde Dios airado quiso dar á mis muchos pecados, con la derrota, el castigo, que por momentos crecían, como mar embravecido, los escuadrones infieles sobre los pendones míos; y conociendo que sólo de tan tremendo conflicto hallar pudiera el despecho de salvacion un camino, elegí trescientas lanzas, la flor del hispano brio, y arrojéme á su cabeza en brazos de mi destino. Arrollé como un torrente los escuadrones moriscos; sus más bravos adalides, y sus jeques de más brio al empuje de mi lanza cayeron en sangre tintos, como en la selva al empuje caen del huracan los pinos.

Mis servidores leales hicieron raros prodigios de valor; mas todo en vano, pues Dios nos negó su auxilio. Y ya casi todos eran víctimas de su heroísmo, cuando de un bote de lanza vine á tierra sin sentido. El sol tras los negros montes buscaba ansioso un asilo, horrorizado y medroso del estrago que había visto. Y los fieros musulmanes, á acabar el exterminio de mis desdichadas huestes, avanzaron de aquel sitio. Era ya entrada la noche, cuando volviendo en mí mismo, de cadáveres cercado, de armas rotas y de heridos me encontré. Y á Dios el voto hice, al encontrarme vivo, de ir desde allí á Palestina, y ante el Sepulcro de Cristo pedir perdón de mis culpas, penitente y peregrino, rogando con lloro al cielo se me mostrase propicio. Quitéme la veste régia, que destilaba hilo á hilo negra sangre, y el almete de la corona ceñido. Y sobre el yerto cadáver, que ví cerca del invicto Azagra (en quien semejanza hallaban muchos conmigo), tiré ambas prendas, guardando este collar y este anillo: y á la luz de escasa luna, trepando empinados riscos me retiré. Unos pastores me dieron su estrecho abrigo, sin conocerme. Y tomando pobres y toscos vestidos, llegar logré á los Alfaques, en donde el Ibero río daba ya por su ancha boca al mar, pasmado de oirlo, la falsa y terrible nueva de mi muerte, en roncós gritos, publicando de mis tropas el verdadero exterminio. Una veneciana nave depararme el cielo quiso, y en ella saludé pronto las riberas del Egipto.

Visité la tierra santa, y con el abad Mauricio (este venerable monje, mi director y mi amigo, que desde entónces ni un día de mí se apartó), contrito confesé mis culpas todas, y con ásperos cilicios adoré aquel mármol sacro, donde, piadoso Dios Hijo, por la redencion del mundo completó su sacrificio. Del voto que en Fraga hiciera libre, viéndolo cumplido, tornar á mi reino quise, que por hallarme sin hijos encomendado creía (cual mandé en un codicilo que ántes de partir á Fraga dejé de mi puño escrito), del Temple á los caballeros, y del Sepulcro de Cristo á la orden por mí fundada de mi reinado al principio. Y sin dejar de romero el traje, y con gran sigilo mi régio nombre ocultando, con solo el abad Mauricio las playas dejé de Siria, fiando al viento mis designios, en un leño de pisanos á Génova dirigido. Mas ¡ay! aun no satisfecho el cielo estaba, pues quiso completar de mis pecados el decretado castigo. Un corsario sarraceno tristes esclavos nos hizo, y en las mazmorras de Malta juguetes del hado fuimos. Allí varias veces supe de mi imperio los conflictos, ya por voz de mercaderes, ya por quejas de cautivos. Supe que mi hermano el monje manchó de Aragon el brillo; que Castilla y que Navarra se hicieron reinos distintos. Y al fin, que mi roto cetro á manos había venido de mi inexperta sobrina, sin armas y sin prestigio. Y amargamente llorando, más que mi infortunio mismo, las desdichas de estos reinos y su cierto precipicio,